

ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO

Ó LOS MISTERIOS MENORES

POR ANNIE BESANT

(Continuación.)

Esta es el primario y no interrumpido sacrificio, derrame de Vida que el Amor origina, voluntario y gozoso vertimiento del Yo, para que otros yoes se formen. Este es «*el gozo de tu Señor*» (1) *en que entra el siervo fiel*; sentencia cuyo significado es manifiesto por la declaración que sigue, de que Él tiene hambre y sed, y es huésped, y está desnudo, y está enfermo y en prisión en cada uno de los hijos de los hombres. Para el Espíritu libre el entregarse es regocijo; mientras más se difunde, con más intensidad siente su propia vida. Cuando más da, crece más; pues es ley del crecimiento de la vida desarrollarse por la difusión, no por la adquisición—dar, no tomar. Es, pues, el Sacrificio un gozo en su significación primaria; para hacer un mundo, se esparce el Logos, y al ver el parto de Su alma, queda satisfecho (2).

Pero con esta idea ha venido á asociarse el sufrimiento; y así se ve que en todos los ritos religiosos de sacrificio se presenta algún sufrimiento, aun cuando no sea más que una ligera pérdida del sacrificador. Conviene saber cómo se ha verificado este cambio, pues siempre que se habla de «sacrificio», nos asalta de modo instintivo el pensamiento de algo penoso.

(1) San Mateo XXV, 21, 23, 31-45.

(2) Is., LIII, 11.

La explicación se encuentra cuando pasamos de la Vida que se manifiesta, á las formas en que se encarna, y miramos la cuestión del sacrificio desde el punto de vista de esas formas. Mientras que la vida de la Vida consiste en dar, la vida ó persistencia de las formas consiste en tomar, pues éstas se gastan con el uso, se menoscaban con el ejercicio. Para durar, tienen que extraer de fuera de sí materiales nuevos con qué reparar sus pérdidas; de lo contrario, decaen y se deshacen. La forma tiene que coger y guardar, y construir en sí misma con lo que ha cogido; de no hacerlo así, es imposible que persista; la ley de crecimiento de la forma es tomar y asimilarse lo que le ofrece el universo amplísimo. Y como la conciencia se identifica á sí propia con la forma, considerándola como sí misma, de aquí que el sacrificio adquiera aspecto penoso; claramente se percibe que dar ó perder lo ganado quebranta y socaba la duración de la forma; de este modo la Ley de Sacrificio viene á ser ley de sufrimiento en vez de ley de regocijo.

El hombre tenía que aprender de la constante destrucción de las formas, y del sufrimiento que le es inherente, que no debe identificarse á sí mismo con tales cosas, mudables y quebradizas, sino con la vida creciente y duradera. Lección ha sido ésta, no sólo de la naturaleza externa, sino también de los Maestros que, al dar las religiones, la incluyeron en sus enseñanzas.

En estas religiones nos es dado distinguir cuatro grandes etapas de la enseñanza de la Ley de Sacrificio. Primeramente fué enseñado el hombre á sacrificar parte de sus bienes materiales, para conseguir mayor prosperidad material; y, en su virtud, hizo sacrificios en caridad de sus prójimos y en holocausto á sus Dioses, según lo vemos por las escrituras de los hindus, mazdeístas y judíos, y aun de todo el mundo. El hombre daba algo de lo que tenía en estima, para asegurar la prosperidad futura suya y de su familia, comunidad y nación. Sacrificaba de presente, para ganar en el porvenir.

En segundo lugar, viene una lección algo más dura de aprender; en vez de la prosperidad física y de los bienes terrenales, es la dicha celestial el fruto que hay que ganar con el sacrificio. Hay que conquistar el cielo; la felicidad ha de gozarse del lado de allá de la muerte — tal es la recompensa de los sacrificios hechos mientras se vive en la tierra. Grande fué el paso dado por el hombre cuando aprendió á desprenderse de las cosas que su cuerpo ansiaba, por consideración á un bien lejano que ni podía ver, ni demostrar. Aprendió á ceder lo visible por lo invisible, y al obrar así, se elevó en la escala del ser; pues es tan grande la fascinación de lo visible y tangible, que cuando el hombre llega á ser capaz de cederlo en gracia de un mundo no visto en que, sin embargo, cree, es porque ha adquirido una gran fuerza, y ha andado mucho camino para entender lo que ese mundo velado sea. El martirio sufrido, la calumnia afrontada, la soledad resistida, y toda cuanta pena y vergüenza y miseria puede fraguar la humanidad soportadas con paciencia ante la perspectiva de lo que está al otro lado de la tumba. Ciertamente en todo esto se ve todavía el deseo de la celeste gloria; pero no es poca cosa el poder estar solo en la tierra, sin otro amparo que el de espi-

ritual compaña, firmemente apegado á la vida interna, cuando la externa es una continua tortura.

La tercera lección vino cuando el hombre, considerándose parte de una vida más extensa, se sintió dispuesto á sacrificarse para el bien del todo, y llegó á ser bastante fuerte para reconocer que el sacrificio era debido, que una parte, un fragmento, una unidad de la suma de la vida ha de subordinarse á la totalidad. Aprendió entonces á obrar el bien, sin preocuparse del resultado respecto á su propia persona; á cumplir su deber, sin aspirar á cosa alguna para sí mismo; á sufrir, porque estaba obligado á ello, no para merecer una corona; á dar, porque la humanidad era su acreedora, no porque esperase ser recompensado por el Señor. El alma héroe, así aleccionada, estaba en condiciones de recibir la cuarta lección: que el sacrificio de todo cuanto posee el fragmento separado, debe ofrecerse, porque el Espíritu no está realmente separado, sino que es parte de la Vida divina, y al no reconocer diferencia, al no sentir separación alguna, el hombre se vierte á sí mismo como parte de la Vida Universal, y como expresión de esta Vida, participa de la alegría de su Señor.

El aspecto doloroso del sacrificio sólo se da en las tres primeras etapas. En la primera, el sufrimiento es pequeño; en la segunda, la vida física y cuanto es capaz de dar la tierra, puede ser sacrificado; la tercera es la gran época de prueba, de esfuerzo, de crecimiento y de evolución del alma humana. Porque en esta etapa el deber puede exigirle todo aquello que parece constituir la vida, y el hombre, identificado por el *sentimiento* con la forma, aunque *sepa* en teoría que la trasciende, ve que se le pide todo lo que siente ser su vida, y así se pregunta: «¿Si dejo ir esto, que me quedará?» Parece que la conciencia misma va á acabar con tal desprendimiento, pues debe desasirse de cuanto pueda tocar, sin que del lado de allá vea cosa alguna de qué echar mano. Una convicción dominante, una voz imperiosa le manda hacer entrega de su propia existencia. Si retrocede, tornará al vivir mundano, al vivir de la sensación, de la inteligencia, y como allí sólo encuentra los goces que no tuvo el valor de resignar, experimenta una decepción continua, una ansia constante, un disgusto y falta de placer no interrumpidos, comprendiendo al cabo cuán verdadero fué el dicho de Cristo de que «cualquiera que quisiera salvar su vida, la perderá» (1), y que la vida que amaba y por la que tanto apego sentía, ha huido de él en definitiva. Mientras que si lo arriesga todo, para acudir al llamamiento de la imperiosa voz, si se desprende de su vida, entonces, perdiéndola, la encuentra en la vida eterna (2), y descubre que la vida que entregó, era sólo muerte en vida, que todo lo que cedió era ilusión, y que ha hallado la realidad. En esta elección se prueba el metal del alma, y sólo el oro puro sale del ardiente horno donde parece que se entrega la existencia, pero donde, por el contrario, se conquista. A

(1) San Mateo XVI, 25.

(2) San Juan XII, 25.

esto sigue el alegre descubrimiento de que la vida así conquistada, ha sido conquistada para todos, no para el yo separado; que el abandono de este yo separado ha venido á resultar el hallazgo del Yo Supremo en el hombre, y que la renuncia al límite, que parecía lo único que hacía posible la existencia, ha parado en esparcimiento de formas infinitas: vividez y plenitud no soñadas, «la virtud de vida indisoluble» (1).

Tal es el bosquejo de la Ley de Sacrificio, fundada en el Sacrificio primario del Logos, del cual son reflejos todos los demás sacrificios.

Hemos visto cómo el hombre Jesús, el discípulo hebreo, cedió su cuerpo alegremente para que un Poder excelso pudiese descender y encarnar en la forma por Él voluntariamente sacrificada, y cómo por tal acto llegó á ser un Cristo en toda su plenitud, para servir de Guardián al Cristianismo, y derramar Su vida en la gran religión fundada por el Ser Poderoso con quien Su sacrificio le había identificado. Hemos visto el Alma-Cristo pasar á través de grandes Iniciaciones; nacer como un niño pequeño; entrar en la cofrenta de las penalidades del mundo, con cuyas aguas debía ser bautizado, para ejercer las funciones activas de su ministerio; transfigurarse en la Montaña; marchar al escenario del último combate, y triunfar de la muerte. Ahora hemos de ver en qué sentido es él una expiación; de qué modo la Ley de Sacrificio encuentra expresión perfecta en la vida del Cristo.

El principio de lo que pudiera llamarse el ministerio del Cristo llegado á la virilidad, está en aquella permanente é intensa simpatía con los humanos pesares que se simboliza en la entrada en el río. Desde ese momento puede resumirse su existencia en una frase: «Él se dedicó á hacer bien»; pues aquellos que sacrifican la vida separada, para servir de canal á la Vida divina, no pueden tener otro interés en el mundo que ayudar á los demás. Él aprende á identificarse con la conciencia de los que le rodean, á sentir con ellos, á pensar con ellos, á gozar cuando ellos gozan, á sufrir cuando ellos sufren, transportando así á su vida activa diaria el sentimiento de su unidad con los otros, que en las regiones más elevadas del ser experimenta. Debe desarrollar una simpatía que vibre en armonía perfecta con la cuerda de tonos múltiples de la vida humana, de suerte que pueda ligar en sí mismo las vidas humana y divina, y servir de mediador entre la tierra y el cielo.

El poder entonces se manifiesta en él, porque en él mora el Espíritu, y comienza así á aparecer á los ojos de los hombres como uno de los capaces de ayudar á sus hermanos menores á recorrer el sendero de la existencia. Conforme se juntan á él, sienten el poder que emana la Vida divina en el Hijo reconocido del Altísimo. Las almas hambrientas acuden á él, y reciben el alimento de pan de vida; los enfermos de pecado se le acercan, y los sana con la palabra viva que cura la enfermedad y da salud al alma; los que la ignorancia tiene ciegos, le buscan, y él abre sus ojos con la luz de su sabiduría. Es nota capital de su ministerio que los más bajos y los más pobres,

(1) Heb. VII, 16.

los más desesperados y abyectos sienten, al aproximársele, que no hay barrera que de él les separe, experimentan cuando se agolpan en torno suyo, algo como un saludo de bienvenida, jamás nada que les repela, pues irradia de él un amor que los entiende, y que, por tanto, no puede rechazarlos. Por rebajada que esté un alma, nunca siente al Alma-Cristo encima de sí, sino más bien á su lado, hollando con pie humano la tierra que ella pisa; pero, así y todo, lo siente poseído de un extraño poder que tira á lo alto, con el cual la eleva, y la colma además de nuevos impulsos é inspiraciones.

Así vive y trabaja, Salvador verdadero de los hombres, hasta que es tiempo de que aprenda otra lección, donde pierde por algún espacio la conciencia de aquella Vida divina, expresión de la cual ha venido siendo de más en más la suya propia. Lección que enseña que el verdadero centro de la Vida divina está dentro, no fuera. El Yo Supremo tiene su centro dentro de toda alma humana—ciertamente «el centro está en todas partes», pues Cristo está en todo, y Dios en Cristo—y ningún ser encarnado, nadie, «salvo lo Eterno» (1), puede prestarle ayuda en su necesidad más tremenda. Tiene que aprender que la verdadera unidad del Padre y del Hijo debe encontrarse dentro y no fuera, lección que sólo puede recibir en el más extremo aislamiento, cuando se siente abandonado por el Dios que consideraba fuera de sí. Al ver cómo se acerca la prueba, grita á los que le acompañan, que permanezcan con él en vigilia durante la hora de las tinieblas; y entonces, rota toda humana simpatía, desvanecido todo humano amor, se encuentra reintegrado en la esencia del divino Espíritu, y sintiéndose en consciente unión con el Padre, clama á Él que el cáliz le sea apartado. Por su soledad de todos, menos del divino Auxilio, es merecedor de afrontar la última prueba, el desvanecimiento del Dios exterior, que da lugar á la presencia del Dios interno. «¡Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado!», es su amargo grito de amor y de espanto. Está en el postremo aislamiento; el abandono y la soledad le anonadan. Y sin embargo, nunca está el Padre más cerca del Hijo, que en la hora en que el Alma-Cristo siente su desamparo, pues cuando toca al extremo de su angustia, comienza á clarear la aurora del triunfo. Entiende entonces que es Él mismo el Dios á quien clama, y al experimentar la última agonía de la separación, da en la unidad eterna, ve dentro de sí la fuente de vida, se reconoce perdurable.

No se puede lograr la altura de un perfecto Salvador del mundo, ni alcanzar completa simpatía hacia todos los sufrimientos humanos, si no se ha hecho frente y dominado el pesar, el temor y la muerte por sí mismo, y sin otra ayuda que la del Dios que mora dentro de nosotros. Es fácil el sufrir cuando la conciencia se mantiene sin interrupción entre lo superior y lo inferior, ó por mejor decir, no existe sufrimiento mientras esa conciencia sea continua, pues la luz de arriba hace imposible la obscuridad abajo, y el dolor no es tal dolor cuando es sobrellevado ante la sonrisa de Dios. Pero hay

(1) *Luq en el Sendero*, § 8.

un sufrimiento que el hombre ha de afrontar, al que todo Salvador tiene que hacer cara: el de la obscuridad de la conciencia humana, donde ni un rayo de luz penetra; él tiene que conocer las angustias de la desesperación que se apodera del alma humana, cuando, rodeada de tinieblas, y la conciencia á tientas, no da con mano alguna que agarrar. A tal obscuridad desciende todo Hijo de Hombre antes que se alce en triunfo; por esta experiencia, amarga entre las más amargas, tiene que pasar todo Cristo antes que «pueda salvar eternamente á los que por él se allegan á Dios» (1).

Semejante ser se ha hecho en verdad divino, Salvador de los hombres, con lo que toma á cargo la obra del mundo, para la cual todo esto ha sido una preparación. Dentro de él deben verterse todas las fuerzas que actúan contra el hombre, á fin de que en él se transformen en fuerzas ayudadoras. Así se convierte en uno de los Centros de paz del mundo, que transmutan las fuerzas de combate, las cuales de otro modo aplastarían al hombre. Los Cristos son estos Centros de paz, en quienes se sumen todas las fuerzas guerreadoras, para sufrir un cambio dentro de ellos, y difundirse luego como fuerzas hacedoras de armonía.

Parte de los sufrimientos del Cristo aún no perfecto, nacen de este trabajo de armonizar las fuerzas que ponen la discordia en el mundo. Aunque es un Hijo, está todavía aprendiendo mediante el sufrimiento, y así llega «á hacerse perfecto» (2). La humanidad se vería más trabajada de disensiones y más desgarrada de luchas, á no vivir en ella discípulos de Cristo que á muchas de las fuerzas contendientes reducen á armonía.

Cuando se dice que Cristo sufre «por los hombres», que Su fortaleza, Su pureza y Su Sabiduría reemplazan la debilidad, el pecado y la ignorancia de éstos, se dice verdad; pues de tal manera se hace el Cristo uno con ellos, que ellos forman parte de Él y Él de ellos. No es cierto que se substituya en su lugar, sino que abarca sus vidas en la Suya propia, y vierte la Suya propia en las de ellos. Elevado al plano de unidad, es capaz de repartir todo lo que ha adquirido, de dar todo lo que ha ganado. Estando por encima del plano de separatividad, y mirando desde allí á las almas sumidas en ella, puede llegar á cada una, mientras ellas no pueden llegarse unas á otras. El agua puede salir de un depósito por muchas llaves abiertas á él, mas cerradas por lo que respecta á la comunicación mutua; así puede el Cristo derivar Su vida hacia cada alma. Una condición solamente se requiere para que un Cristo pueda compartir su fuerza con un hermano más joven: que éste quiera abrir su conciencia humana á la divina, que quiera hacerse receptivo á la vida que se le ofrece, y tome el presente que con liberalidad se le dona. Pues con tal reverencia mira Dios á ese Espíritu, que es Él Mismo en el hombre, que no derramará corriente alguna de fuerza y de vida dentro de alma humana que se niegue á recibirla. Debe haber abajo la abertura por

(1) Heb. VII, 25.

(2) Heb. V, 8, 9.

donde penetre lo que de arriba se vierta: receptividad en la naturaleza inferior, como hay voluntad de dar en la superior. Este es el lazo entre el Cristo y el hombre; esto es lo que han llamado las iglesias el derramar de la «divina gracia»; esto es lo que significa la «fe» necesaria para que la gracia sea efectiva. Giordano Bruno dijo que el alma humana tiene ventanas que puede mantener cerradas. El sol brilla fuera con luz igual; si las ventanas se abren, el sol entrará á torrentes. La luz de Dios da en las ventanas de toda alma humana; cuando aquéllas se abren, el alma queda iluminada. En Dios no hay cambio, sólo le hay en el hombre: y no puede hacerse fuerza á su voluntad; de otro modo se atascaría en él la debida evolución de la Vida divina.

Así, pues, con cada Cristo que surge, se eleva el nivel humano, y Su sabiduría amengua la ignorancia del mundo entero. Todo hombre es menos débil en razón de Su fortaleza, la cual se derrama sobre toda la humanidad, penetrando en las almas separadas. De esta doctrina, considerada de un modo estrecho, y, por tanto, trastocada, nació la idea de la Redención subrogatoria, como transacción legal entre Dios y el hombre, y en ella se asignó á Jesús el puesto del pecador. No se comprendía cómo el Ser que alcanza tal altura, es, en verdad, uno con todos Sus hermanos; la identidad de naturaleza fué tomada por substitución personal, y así quedó desvanecida la verdad espiritual en la aspereza de una permutación jurídica.

«Él llega á conocer entonces cuál es su puesto en el mundo, cuáles sus funciones en la naturaleza—ser un Salvador, y redimir á las gentes del pecado. Encuéntrase en lo íntimo del Corazón del mundo, en el Santuario de los Santuarios, Sumo Sacerdote de la Humanidad. Es uno con todos Sus hermanos, no por substitución, sino en virtud de la unidad de una vida común. ¿Hay alguien pecaminoso? El Cristo es pecador en él, para limpiarlo con su pureza. ¿Hay alguien apenado? El Cristo es en él el hombre de las amarguras; todo corazón destrozado rompe el suyo; su corazón sangra en todo corazón herido. ¿Hay alguno alegre? Es Cristo quien se regocija, vertiendo en él toda su dicha. ¿Se muestra alguno ansioso? Pues es Él quien siente la necesidad, para colmarlo de su mayor satisfacción. Él posee todo, y como suyo, es de Sus hermanos. Él es perfecto; pues ellos lo son con Él. Él es fuerte; ¿quién habrá débil, si Él está en ellos? Ascendió á su alto sitio, para fluir sobre todo lo de abajo; vive, para que todo pueda compartir su propia vida. El mundo entero eleva consigo, conforme sube. Y pues Él ha andado el camino, éste resulta más fácil para todos los hombres.

»Todo hijo de hombre puede llegar á ser tal Hijo manifestado de Dios, tal Salvador del mundo. En cada Hijo de éstos está 'Dios manifestado en carne' (1), la redención que ayuda á todo el género humano, el poder vivo que renueva todas las cosas. Una sola condición es necesaria para que ese poder ejerza su actividad en el alma individual: que ésta abra la puerta y Le dé

(1) I. Timoteo III, 16.

entrada. Pues, aunque Él todo lo compenetra, no puede abrirse camino forzando la voluntad de Su hermano; la voluntad humana puede sostenerse igualmente contra Dios que contra el hombre; y es ley de evolución, que se asocie espontáneamente á la acción divina, no que sea reducida á sumisión enojosa. Si la voluntad abre la puerta, la vida inundará el alma. Mas si aquélla permanece cerrada, sólo podrá hacer que pasen al través ligeros soplos de su indecible fragancia, para que venzan con su dulzura allí donde no puede llegar la fuerza.

»Esta es parte de la realidad de un Cristo; pero, ¿cómo podrá pluma mortal reflejar lo inmortal? ¿Cómo han de expresar las palabras lo que está más allá del poder de todo lenguaje? No hay lengua que pueda declarar ni mente no iluminada que pueda concebir lo que es este misterio del Hijo que se ha hecho uno con el Padre, y que lleva en Su seno á los hijos de los hombres» (1).

Los que quieran prepararse á alcanzar la altura de una vida como ésta en el porvenir, deben comenzar, aun ahora, en la vida inferior, á marchar por el sendero que traza la Sombra de la Cruz, sin abrigar duda alguna sobre su propio poder para realizarlo, pues otra cosa sería dudar del Dios que llevan dentro. «Ten fe en ti mismo», es lección que aprende el hombre cuando logra ejercitar su conciencia superior, pues esta fe recae realmente en el Dios interno. Para que la vida común del hombre quede bajo la sombra protectora de la vida de Cristo, debe aquél ejecutar todos sus actos como un sacrificio, no por lo que pueda aprovecharle, sino por lo que pueda aprovechar á otros; y así, cambiando de motivo en la vida diaria respecto á los pequeños deberes, á las acciones insignificantes, á los intereses estrechos, todo se cambia. No es preciso variar cosa alguna de la vida externa; en cualquiera situación se puede ofrecer el sacrificio; sean cuales fuesen las circunstancias, se puede servir á Dios. Marca el desarrollo espiritual, no lo que el hombre hace, sino el cómo lo hace; se cifra la oportunidad del crecimiento, no en las circunstancias, sino en la actitud del hombre hacia ellas. «Y á la verdad, este símbolo de la cruz puede ser para nosotros piedra de toque que nos haga distinguir el bien del mal en muchas dificultades. 'Solamente aquellas acciones que el brillo de la cruz penetra, son dignas de la vida del discípulo', dice un versículo de un libro de máximas ocultas; lo cual, interpretado, significa que cuanto haga el aspirante, ha de inducirlo la amorosa efusión del propio sacrificio. El mismo pensamiento aparece más adelante en este versículo: 'Al entrar en el sendero, se pone el corazón sobre la cruz; cuando la cruz y el corazón se funden en unidad, se ha llegado á la meta'. Así, quizá, podremos hallar la medida de nuestros progresos, observando quién domina en nuestras vidas, si el egoísmo ó la abnegación» (2).

La existencia que de este modo empieza á conformarse, está aparejando

(1) *Theosophical Review*, Diciem. 1898, págs. 344, 345, por Annie Besant.

(2) *The Christian Creed*, págs. 61, 62, por C. W. Leadbeater.

la cueva en que ha de nacer el Niño Cristo, convirtiéndose en redención continua que importa lo divino más y más en lo humano. Tal vida crecerá hasta alcanzar las proporciones de un «Hijo muy amado», y en él obtendrá la gloria del Cristo. Todo hombre puede marchar en esta dirección, ejecutando sus actos y ejercitando sus facultades en son de sacrificio, hasta que el oro se purgue de la escoria, y quede sólo el metal puro.

(Se continuará).



LA EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA

(Continuación).

LA CONCIENCIA FÍSICA

En el plano físico es donde la Conciencia tiene que convertirse primero en Conciencia Propia, donde debe tener conocimiento de un mundo externo que choca con ella, aprendiendo á atribuir esos choques á ese mundo externo y á comprender como propios los cambios que sufre por consecuencia de ellos. Mediante prolongadas experiencias aprende á identificar consigo misma el sentimiento de placer ó de dolor que sigue á tales impresiones, y á considerar como extraño á su yo lo que toca su superficie externa. De este modo hace su tosca distinción primera entre el «yo» y el «no yo». A medida que aumenta la experiencia, el «yo» se retira más y más hacia adentro, y velo tras velo de materia pasa al exterior como perteneciendo al «no yo»; pero aunque cambie su contenido, esta distinción fundamental entre el sujeto y el objeto permanece siempre. El «yo» es la Conciencia que quiere, piensa y actúa, mientras que el «no yo» es todo lo que quiere, todo aquello sobre lo que piensa y actúa. Más adelante tendremos que considerar el modo como la Conciencia se convierte en Conciencia Propia; pero ahora sólo debemos ocuparnos de su expresión dentro de las formas y del papel que las formas desempeñan.

Esta Conciencia se despierta en el plano físico, y su expresión es el átomo permanente. En éste yace ella dormida: «duerme en el mineral», y allí debe tener efecto el paso á un sueño menos

profundo, de suerte que salga del profundo sueño sin ensueños y se haga lo bastante activa para pasar al grado, que sigue: «sueña en el vegetal».

Ahora bien; el Logos, al actuar en las Almas-Grupos, comunica su energía á los átomos físicos permanentes, y por la mediación de los Resplandecientes, como hemos visto ya, los sumerge en los diversos estados que presenta el reino mineral, donde cada uno atrae á sí muchas partículas minerales. Desde luego vemos aquí una gran variedad de posibles contactos que conducen á una variedad de experiencias, las cuales se traducen en líneas divisorias en el Alma-Grupo. Unos son lanzados á lo alto para caer en torrentes de ardiente lava; otros son expuestos al frío de las regiones polares; otros al calor tropical; éstos son aplastados y envueltos en metales fundidos en las entrañas de la tierra; aquéllos se encuentran en las arenas violentamente agitadas por las olas impetuosas. Una variedad infinita de choques externos sacuden, golpean, queman, hielan; y la dormida Conciencia responde vagamente con vibraciones simpáticas. Cuando cualquier átomo permanente ha llegado á cierto grado de aptitud para responder, ó cuando una forma mineral—esto es, las partículas á que se ha ligado un átomo permanente—es rota, el Alma-Grupo atrae ese átomo de su encierro. Todas las experiencias adquiridas por ese átomo, ó sean las vibraciones que ha tenido que verificar, permanecen como poderes para vibrar de cierto modo ó como «poderes vibratorios». Este es el resultado de su vida como forma. El átomo permanente, al perder su vestimenta y permanecer por un tiempo desnudo, por decirlo así, en su Alma-Grupo, y al continuar repitiendo esas vibraciones, repasando dentro de sí mismo las experiencias de su vida, origina pulsaciones que discurren por la envoltura del Alma-Grupo y se transmiten de este modo á otros átomos permanentes; y así cada uno afecta y ayuda á los demás, al paso que permanece siendo el mismo. Los átomos permanentes que han pasado por experiencias de carácter semejante, se afectan entre sí más fuertemente que aquéllos cuyas experiencias han sido muy distintas, y de este modo se opera cierta segregación en el Alma-Grupo, y seguidamente se desarrolla un ligero muro separatorio, desde la envoltura hacia adentro, que divide estos grupos segregados unos de otros; y de este modo habrá un número siempre creciente de Almas-Grupos, cuyos contenidos

muestran una distinción de Conciencia siempre creciente, al paso que comparten las características fundamentales.

Ahora bien; las respuestas de la Conciencia á los estímulos externos en el reino mineral son mucho más grandes de lo que las gentes pudieran figurarse, y algunas de ellas son de una naturaleza que demuestra que hay también una Conciencia que alborea en el átomo astral permanente; pues los cuerpos simples exhiben distintas atracciones mutuas, y las relaciones maritales químicas se desorganizan constantemente por la intrusión de parejas, alguna de las cuales tiene una afinidad más fuerte con una de las partes del primitivo matrimonio que el consorte original. Así, una pareja hasta entonces fiel que forma una sal de plata, resultará repentinamente infiel entre sí, si otra pareja, ácido hidrociorídrico, entra en su apacible morada; y la plata penetrará en el cloro y lo tomará por esposo, prefiriéndolo á su consorte anterior, y formará una nueva morada como cloruro de plata, dejando al desamparado hidrógeno que se case con su propio abandonado consorte. Donde quiera que se verifican estos cambios mutuos, hay un ligero movimiento en el átomo astral por consecuencia de las fuertes vibraciones físicas originadas por la violencia del rompimiento de unos lazos íntimos y formación de otros, apareciendo vagos estremecimientos internos. Lo astral tiene que ser despertado desde lo físico, y la Conciencia en el plano físico llevará por largo tiempo la jefatura en la evolución. Estos ligeros estremecimientos del átomo astral permanente atraerán en torno suyo una pequeña nube de materia astral, pero de un modo muy suelto y sin ninguna organización. En esta etapa parece que no se produce vibración ninguna en el átomo mental.

Después de edades de experiencias en el reino mineral, algunos de los átomos permanentes se hallan en disposición de pasar al reino vegetal, en el cual son distribuidos por la agencia de los Resplandecientes. No debe suponerse que cada hoja de yerba, que cada planta, tiene un átomo permanente en ella, que se desarrolle marchando hacia la humanidad durante la vida de este sistema. Lo mismo que pasa en el reino mineral sucede en éste; el reino vegetal constituye el campo de evolución para estos átomos permanentes, y los Resplandecientes los guían hacia una morada tras otra, de manera que experimenten las vibraciones que afectan al mundo vegetal, las cuales almacenan

como poderes vibratorios del mismo modo que antes. Los principios del cambio mutuo y de la consiguiente obra de segregación funcionan como anteriormente, y las Almas-Grupos en cada corriente de evolución se hacen más numerosas y más diferentes en sus características principales.

Hay más actividad perceptible en el átomo astral permanente durante el curso de la acumulación de las experiencias vegetales del átomo físico, y atrae á su alrededor materia astral que es ordenada por los Resplandecientes de un modo algo más definido. En la larga vida de un árbol del bosque esta creciente agregación de materia astral se desarrolla en todas direcciones como la forma astral del árbol, experimentando la Conciencia en esta forma astral vibraciones que causan placer y disgusto macizos, las cuales son resultado de las que se originan en el árbol físico por la acción de los rayos del sol, de las tempestades, de los vientos, lluvias, frío y calor. Al perecer este árbol, el átomo permanente se retira á su Alma-Grupo, entonces establecida en el plano astral, con un rico depósito de experiencias adquiridas en la manera que se ha descrito antes.

Más adelante, á medida que la Conciencia se hace más capaz de responder en lo astral, envía hacia el plano físico ligeros estremecimientos, y éstos originan sensaciones que se perciben como si se originasen en lo físico, pero que realmente provienen de lo astral. Donde ha habido una larga vida separada, como sucede en el árbol, la unidad mental permanente principiará también á atraer alrededor de sí una pequeña nube de materia mental, en la que la repetida sucesión de las estaciones se imprimirá gradualmente como una débil memoria, que inevitablemente se convierte en una débil anticipación (1).

Finalmente, algunos de los átomos físicos permanentes llegan á estar en disposición de pasar al reino animal y de nuevo la agencia de los Resplandecientes los guía á ingresar en formas animales. Durante las últimas etapas de su evolución en el mundo vegetal, parece que la regla es que cada triada—átomo físico, átomo astral y unidad mental—debe tener una existencia prolongada en una sola forma, á fin de que puedan experimentarse algunos estremecimientos de vida mental, y que la triada pueda así prepararse para aprovechar la vida vagabunda del

(1) Véase *El Poder del Pensamiento, su Dominio y Cultura*.

aximal. Pero también parece que en algunos casos el paso al reino animal tiene lugar en un período anterior, y que el primer estremecimiento de la unidad mental ocurre en alguna de las formas estacionarias de la vida animal y en organismos animales muy inferiores.

En el reino animal, el átomo permanente recibe vibraciones mucho más variadas y se diferencia más rápidamente, disminuyendo el número de triadas en un Alma-Grupo con la misma rapidez, á medida que la diferenciación continúa, por lo que la multiplicación de Almas-Grupos aumenta en proporción. A medida que se aproxima el período de la individualidad, cada triada se posesiona de su envoltura propia, obtenida del Alma-Grupo, y toma cuerpos sucesivos como entidad separada, aunque continuando dentro de la caja envolvente de la protectora y nutridora esencia monádica.

UNIDAD DE LA CONCIENCIA FÍSICA

En medio de las innumerables variedades de los reinos mineral, vegetal, animal y humano, se ha perdido de vista la unidad fundamental de la Conciencia física, estableciéndose ambas líneas divisorias que en realidad no existen. La vida ha sido por completo negada al mineral y regateada al vegetal, y H. P. Blavatsky fué puesta en ridículo por declarar que una Vida y una Conciencia vivificaban é informaban todo.

«Cada día la identidad entre el animal y el hombre físico, entre la planta y el hombre, y hasta entre el reptil y la roca en que anida y el hombre, se muestra más y más claramente, por verse que son idénticos los constituyentes físicos y químicos de todos. La ciencia química puede muy bien decir que no hay diferencia entre la materia que constituye al buey y la que forma al hombre. Pero la doctrina oculta es mucho más explícita. Dice: No sólo son los componentes químicos los mismos, sino que las mismas Vidas invisibles é infinitesimales componen los átomos de los cuerpos de la montaña y de la margarita, del hombre y de la hormiga, del elefante y del árbol que le da sombra. Cada partícula, ya se le llame orgánica ó inorgánica, es una Vida» (1).

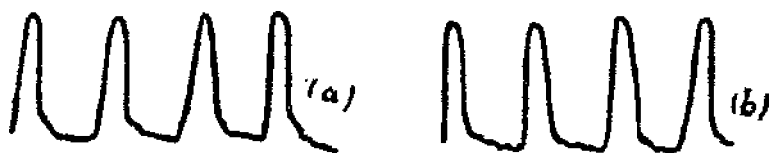
Si esto es verdad, debe ser posible obtener de tales minerales, vegetales, animales y hombres vivientes la prueba de una identidad de vida, de sensación, de respuesta al estímulo; y al

(1) *Doctrina Secreta*, vol. I, pág. 281 de la ed. inglesa.

paso que podamos admitir libremente que debemos encontrar gradaciones de sensación, que á medida que ascendemos en la escala de la vida debemos suponer que las manifestaciones son más completas y más complejas, sin embargo, algunas manifestaciones de sensación definidas deben encontrarse en todos los que comparten una vida. Cuando H. P. Blavatsky escribió lo que antecede, faltaba la prueba de esto, pero en la actualidad ya existe, y proviene de un hombre científico oriental, cuya rara habilidad le ha asegurado la bienvenida en Occidente.

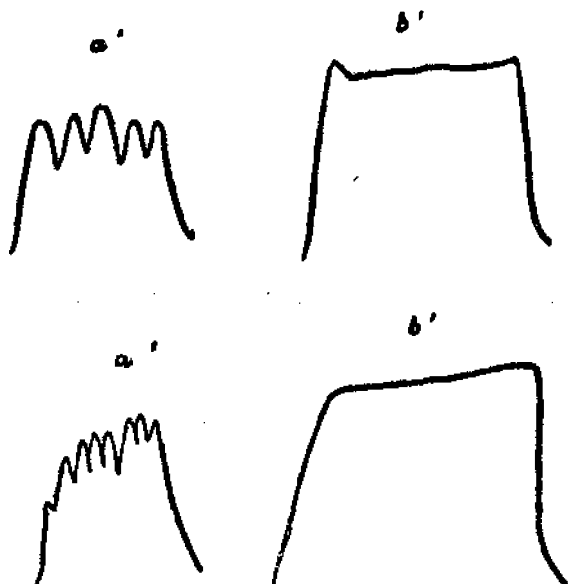
El profesor Jagadish Chandra Bose, de Calcuta, ha probado definitivamente que la llamada «materia inorgánica» responde á estímulos, y que la respuesta es idéntica en los metales, vegetales y animales y—por lo que ha podido experimentarse hasta ahora—, en el hombre.

Construyó aparatos para medir los estímulos aplicados y mostrar en curvas, trazadas en un cilindro giratorio, la respuesta del cuerpo que recibe el estímulo. Luego comparó las curvas obtenidas del estaño y otros metales con las obtenidas del músculo, encontrando que las curvas del estaño eran idénticas á las del músculo, y que otros metales daban curvas de naturaleza semejante pero variadas en el período de restablecimiento.



(a) SERIE DE RESPUESTAS ELÉCTRICAS Á ESTÍMULOS MECÁNICOS SUCESIVOS A INTERVALOS DE MEDIO MINUTO DEL ESTAÑO. (b) RESPUESTAS MECÁNICAS DEL MÚSCULO.

Se produjo el tétano, tanto completo como incompleto, debido á choques repetidos, obteniéndose resultados semejantes, así del mineral como del músculo.



EFFECTOS ANALÓGOS DEL (a) TÉTANO INCOMPLETO Y (b) COMPLETO EN EL ESTAÑO.
(a) TÉTANO INCOMPLETO Y (b) COMPLETO EN EL MÚSCULO.

Los metales mostraron fatiga, y el que menos el estaño. Los reactivos químicos, tales como drogas, producían en los metales resultados semejantes á los conocidos que originan en los animales—excitantes depresivos y mortales. (Por mortales se entiende cuando resulta la destrucción del poder de responder).

Un veneno mata un metal produciendo un estado de inmovilidad, de suerte que no se obtiene respuesta alguna.

Si se acude á tiempo, un antídoto puede salvar la vida al metal envenenado.



(a) RESPUESTA NORMAL; (b) EFECTO DEL VENENO; (c) VUELTA Á LA VIDA POR MEDIO DEL ANTÍOTO.

Un estimulante aumenta la respuesta; y los efectos conocidos de grandes y pequeñas dosis de drogas, de matar ó estimu-

lar respectivamente, se han visto resultar en los metales. «Entre semejantes fenómenos», pregunta el Profesor Bose «¿Cómo se puede trazar una línea de demarcación y decir 'aquí termina el proceso físico y allí principia el fisiológico'? No existe semejante barrera» (1).

El Profesor Bose ha verificado una serie de experimentos semejantes en las plantas, obteniendo iguales resultados. Un pedazo de troncho de col fresco, una hoja fresca de un vegetal cualquiera, puede ser estimulado mostrando curvas similares; puede ser fatigado, excitado, deprimido y envenenado. Hay algo de patético en ver cómo el diminuto punto de vida, que registra las pulsaciones de las plantas, marcha en curvas más y más débiles, cuando la planta está bajo la influencia del veneno, cae finalmente en una línea recta y—se detiene. La planta ha muerto. Uno siente como si se hubiese cometido un asesinato—y realmente así ha sido (2).

Estas series admirables de experimentos han establecido sobre una base definida de hechos físicos, la enseñanza de la ciencia oculta acerca de la universalidad de la vida.

Mr. Marcus Reed ha hecho observaciones microscópicas que demuestran la presencia de la Conciencia en el reino vegetal. Ha observado síntomas de espanto cuando se dañan los tejidos, y además ha visto que células machos y hembras, flotando en savia, reconocen mutuamente su presencia sin contacto; la circulación se apresura y se ponen en acción el uno hacia el otro (3).

Podemos, pues, alegar que la Conciencia que obra en la materia física responde á varias clases de estímulos, y que la respuesta es la misma ya provenga del mineral, del vegetal ó del animal. La Conciencia muestra el mismo funcionamiento característico, es la misma. La diferencia que, como hemos dicho, se observa á medida que se asciende, consiste en la mejora del aparato físico, un aparato que permite que se manifiesten en el plano físico las actividades astrales y mentales—no las físicas—

(1) Estos detalles se han tomado de un escrito presentado por el Profesor Bose al Instituto Real, Mayo 10 de 1901, titulado «Respuesta de la Materia Inorgánica al Estímulo».

(2) Que yo sepa, el Profesor no ha publicado aún esta conferencia, pero tuve la suerte de oírla y de ver más adelante los experimentos repetidos en su propia casa donde podían ser observados muy de cerca.

(3) «La Conciencia en la Materia Vegetal», *Pall Mall Magazine*, Mayo 1902.

de la Conciencia. Los hombres y animales sienten y piensan mejor que los minerales y vegetales, porque su Conciencia, más altamente evolucionada, ha formado para sí propia en el plano físico un aparato mucho más perfecto; pero aun así, nuestros cuerpos responden como lo hacen los cuerpos inferiores al mismo estímulo, y esta Conciencia, puramente física, es la misma en todos.

La Conciencia física es Conciencia obrando en las células y tejidos del cuerpo que recibe estímulos físicos y responde á ellos, y que no es afectada por ninguna clase de transmisión de impulsos hacia los planos superiores, ni por ningún impulso enviado al cuerpo físico desde esos planos. La respuesta de esta Conciencia en el estaño y en el animal es la misma; la pulsación indicada por las curvas, el animal las sentirá, al paso que el estaño no—siendo ésta la función adicional de la Conciencia por medio de la materia astral. Esta función de la Conciencia en el plano físico se halla por debajo del «vestíbulo de la Conciencia» de los animales superiores y del hombre; se muestra en «la memoria de la célula», en la secreción, asimilación y otras funciones vitales. Al funcionar la Conciencia activamente en los planos superiores, sus funciones inferiores ya no atraen su atención, y aquéllas se deslizan por debajo del vestíbulo y se convierten en lo que llamamos automáticas.

Ahora bien; en el mineral, la materia astral relacionada con el átomo astral permanente es tan poco activa y la Conciencia duerme tan profundamente en ella, que no hay función perceptible desde lo astral á lo físico. En las plantas superiores parece que hay algo como el despuntar de un sistema nervioso, pero muy poco desarrollado y organizado para poder servir más que á los más simples propósitos. La mayor actividad en el plano astral perfecciona la envoltura astral relacionada con la planta, y las vibraciones de la envoltura astral afectan á la parte etérea de la planta, y por consiguiente, á su materia más densa. De aquí el despuntar de un sistema nervioso antes mencionado.

Cuando llegamos al estado animal, la mucha mayor actividad de la Conciencia en el plano astral causa vibraciones más poderosas, que pasan al doble etéreo del animal, formándose así el sistema nervioso por las vibraciones etéreas ocasionadas de ese modo. Su formación es debida al Logos por medio del Alma-Grupo y á la activa ayuda de los Resplandecientes del Tercer

*

Reino Elemental, que dirigen el trabajo de los Espíritus etéreos de la Naturaleza. Pero el impulso viene de la Conciencia en el plano astral que funciona en el átomo permanente y en la envoltura de materia astral por él mismo atraída, puesta en actividad por el Alma-Grupo. Cuando se forma el primer sencillísimo aparato, pueden percibirse choques más delicados del exterior, y estos choques ayudan también á la evolución. La acción y la reacción se suceden una á otra, y el mecanismo se perfecciona constantemente en su habilidad para recibir y transmitir.

La Conciencia no construye gran cosa en el plano astral en esta etapa, y funciona allí en una envoltura no organizada; la organización se verifica en el plano físico por los esfuerzos que hace la Conciencia para expresarse—por más que estos esfuerzos sean meros tanteos débiles y vagos—ayudada y dirigida por el Alma-Grupo y por los Resplandecientes. Esta obra tiene que ser completada en gran parte antes que la Tercera Oleada de Vida emane de arriba, pues el hombre animal se ha desarrollado con su cerebro y sistemas nerviosos, antes que venga esa gran corriente que proporciona al Jivâtmâ un cuerpo para funcionar, y que hace posible la más alta evolución del hombre.

ANNIE BESANT.

(Se continuará).



LA TEOGONÍA Y LA MAGIA

ENTRE LOS ABORÍGENES DEL BRASIL

(ESBOZO)

Hace ya algún tiempo, Lehmann-Nitsche llamaba la atención desde la *Revista del Museo de la Plata*, acerca del estudio de las antiguas razas americanas. Condolizase el docto naturalista argentino de que la actual antropología, que tantos castillos en el aire viene levantando sobre su media docena de datos (de relativa autenticidad), descuidase los positivos y transcendentales que podría suministrarle el estudio íntimo de las primitivas razas americanas, en sus actuales é interesantísimas supervivencias salvajes.

Asimismo hacía notar el sabio argentino lo urgente que era en interés de la ciencia antropológica, arrancar dichas supervivencias del olvido á que pudieran quedar condenadas para siempre con la desaparición y confusión de antiguas razas

que actualmente se está verificando en el nuevo mundo americano. Nada más cierto. Las tribus de Sudamérica se extinguen rápidamente, y hemos de apresurarnos, si queremos perpetuar algo de su alma antigua, si intentamos hacer un verdadero análisis de su pasado. A esta obra contribuye el estudio que hoy publicamos. Los datos reunidos por su autor, el joven literato y catedrático brasileño, Sr. Dario Vellozo, tienden hacia el ideal soñado por Lehmann-Nitsche. Con ellos se salvan del olvido débiles ecos de una cultura remota, fragmentos de creencias extinguidas, algo, en suma, interesante para los futuros investigadores del alma primitiva americana. —(N. de la R.)

I. Antes del descubrimiento del país por los portugueses en 1500, extendíase la familia salvaje por toda la región, formando numerosas tribus de habla diferente, á las que se pudiera dividir en dos grandes razas: la *autoctona* y la *conquistadora*. Representaban la primera los *Aimorés* y la segunda los *Tupís*.

Sus creencias, si bien presentaban puntos de contacto, tenían caracteres distintos que la conquista amalgamó y confundió. Hoy parece casi imposible presentar los rasgos peculiares de cada raza ó tribu determinándoles definitivamente. Apenas puede hacerse otra cosa que recordar las prácticas y la Tradición en sus líneas generales, según se desprenden de las narraciones de los cronistas y según aun hoy mismo perduran en tribus subsistentes.

Fundidas ya en parte las dos razas en tiempos del descubrimiento, después de éste se aproximaron más aún, asimilándose recíprocamente usos, costumbres, tradiciones y creencias. Aun hoy algunas tribus conservan costumbres y creencias pasadas; otras bastardeáronse perdiendo sus tradiciones en el maremagnum de razas invasoras.

Los contemporáneos que, penetrando en las selvas, se han detenido en el estudio del *Aborígen* apartado de contacto europeo, concuerdan en sus narraciones con los primeros cronistas.

Intentando enlazar lo Pasado con lo Presente, procuraremos objetivar en un mismo conjunto expositivo, lo más incuestionable de lo que pudiera llamarse *Teogonia Indígena*.

Es imposible afirmar unidad de creencias en pueblos que no poseían unidad étnica. Unas tribus llegaban á elevarse hasta verdaderas concepciones metafísicas; otras apenas se aproximaban al culto de la *Naturaleza*.

II. Una entidad suprema, invisible, indefinida—*Inconoscible*—formaba el capitel de la columna de las creencias aborígenes. Denominábanla los Tupís: *Monán* (ó *Tupán*). Era la divinidad

superior, ser de bondad, nunca maléfico, que sobre la cúspide del Olimpo indígena, dominaba al *Sol*, á la *Luna* y á todos los seres.

Además de esta Entidad benéfica, reconocían otra *maléfica*, de donde el dualismo de las fuerzas naturales — principio del Bien y principio del Mal — base en Oriente del Mazdeísmo, el cual se resolvía en la Unidad.

Al principio del Mal denominaban *Jeripari*.

III. Les era común la creencia en la inmortalidad del alma.

Angá era el alma unida aún al cuerpo. *Después de la vida*, las almas volvían á los grupos de buenos ó malos espíritus que pueblan el orbe, revelándose á los mortales en el canto del *Acauan*.

Las almas en pena vagaban por las selvas, aterrorizando á á los vivos; llamábanlas *Mbaé-aibá* (cosa mala).

El *sueño* era generalmente un medio de comunicación con los muertos. Los *pagés* sabían producirle y evocarles, manejando la *fuerza nerviosa* de las mujeres en *trance*, á costa de las cuales facilitaban al *muerto* la posibilidad de manifestarse.

Admitían la metempsicosis. Y no sólo suponían la existencia de alma en los animales de cualquier orden zoológico, sino que afirmaban la *posibilidad* de que el *alma humana* volviera al cuerpo de los brutos, transformándose el hombre en otros seres.

Sentíanse dichosos al ser visitados por las almas de los muertos que les fueron queridos.

Procuraban interpretar el sentido oculto de los sueños, y cuando no lo conseguían, recurrían á los *pagés*, mediadores entre la Vida y la Muerte.

Estas creencias, que vinieron á ser supersticiones ridículas, fueron seguramente vestigios borrosos de antiquísimas tradiciones, transmitidas oralmente á través de tribus y de generaciones.

IV. Para el aborígen todo lo existente emanó de algo productor y fecundo. De aquí que bajo la divinidad suprema, ignota aparezca una triada de dioses superiores, mensajeros directo de lo Ignoto:

• *Guaracî* (el Sol) origen de todos los seres vivientes.

Jacî (la Luna) origen de todos los vegetales.

Perudá ó *Rudá* (el Amor) promovedor de la reproducción de los seres creados.

Cada uno de estos *dioses* era servido por otros *dioses subalternos*, que á su vez poseían *genios* encargados de proteger montes, bosques, campos, ríos, lagos...

A *Guaracî* obedecían entre otros: *Guirapuru* (pájaro talismán) protector de las aves; *Uaniará*, protector de los peces; *Anhangá*, protector de la caza del campo; *Cahaporá*, protector de la caza del bosque.

A *Jaci* estaban supeditados: *Saci-cêrêrê*; *Mboitatá* (serpiente de fuego), protectora de los campos; *Urntaú* (ave fantasma); *Curupirá*, protector de las selvas.

A *Rudá*—que tenía á sus órdenes una Serpiente encargada de reconocer la virginidad de las jóvenes—estaban sometidos:

Cairé (luna llena).....} encargadas de despertar sandades
Catiti (luna nueva).....} en el amante ausente.

Rudá era un guerrero que vivía en las nubes. Despertaba el amor y alimentaba sandades.

Las jóvenes invocaban á *Perudá* al ponerse el Sol ó al ponerse la Luna á la hora de los ensueños, diciendo:

—«¡Oh, *Rudá*, tú que estás en los cielos y que amas á las lluvias...! Haz que *EL* se acuerde esta tarde de mí cuando el Sol se esconda en el ocaso.»

—«¡Luna Nueva, Luna Nueva! Exhala sobre... recuerdos de mí; heme aquí en tu presencia: haz que yo tan sólo ocupe su razón.»

Estas fórmulas, que en cierto modo recuerdan las invocaciones mágicas de los Caldeos, están directamente traducidas del Tupí por el ilustre doctor brasileño Conto de Magalhães.

V. Creían en espíritus protectores que les precedían en los viajes, evitándoles los peligros, desviándoles de accidentes, guiándoles, en suma; se denominaban *Macachera*.

Los *Manitôs*, espíritus secundarios, también protegían á los hombres. Cada salvaje poseía el suyo.

El *Curupirá*, protector de las florestas, inspiraba ilusiones, alucinando y obcecando á los que intentaban inútilmente destruir los bosques.

VI. *Jurupari* oprimía perversamente con horribles pesadillas. Y seres á manera de *incubos* y *súcubos* eran enviados durante el sueño á los miseros mortales para seducirlos y fascinarlos. Y *ephialtas* ahogaban y oprimían á las criaturas. Eran á

modo de ilusiones de peligros inminentes, de abismos pavorosos, que paralizaban la voz y los movimientos.

VII. Evitaban maleficios llevando en el cuello extraños *encantos*: huesos de carnívoros, arañas disecadas, sapos, y aun minerales y vegetales.

Los *Tupinambás* tenían grandes *hechiceros* que se comunicaban con los espíritus; *proyectaban la muerte*; obraban á distancia alucinando y aterrorizando la *victima*. Dominaban los *genios*; conocían fórmulas de encantamiento, palabras kabbalísticas que sujetaban los espíritus; transportaban objetos á grandes distancias á través del espacio y los hacían retornar á voluntad al punto de partida.

VIII. Existían entre ellos *brujos*, *curanderos* y *exorcistas*, encontrándose, en general, confundido en un mismo individuo el brujo y el curandero.

Esta degeneración de sacerdocios por la que vinieron á parar las más puras Tradiciones en los negros abismos de la *goethia*, contribuyó tal vez á mezclar y confundir razas en un principio diversas, cuyos *tradicionalismos* derivaban de tendencias primitivas.

Los conquistadores portugueses, no habiendo sabido observar cuidadosamente la civilización aborígen, mezclaron las creencias y los sacerdocios más antagónicos. A los curanderos, magos, hechiceros y brujos dieron indistintamente el nombre de *pagés* ó *piagas*.

Pagé era, sin embargo, el sacerdote, el intérprete, el intermediario entre lo natural y lo extranatural. Vivía en cabañas escondidas, en los huecos de los árboles ó en cavernas á cuya vecindad no se aproximaban ni los más osados guerreros. Imponíanse privaciones cruelísimas; austeros y misteriosos velaban noches enteras en absoluto silencio. Entregábanse á la meditación prolongada, á la maceración y al ayuno, tornándose excepcionalmente nerviosos y de una sensibilidad exquisita.

Tres categorías había entre ellos. La de los *angaibas*, que curaban por la succión; la de los *pagés*, propiamente dichos, que ocasionaban la muerte por prácticas *goéthicas*; y la de los *Caraielés*, sacerdotes que recorrían el país visitando las *Tabás*.

Interpretaban el canto de las aves, en particular del *acauan*.

El *Tamaraká*, después de *preparado* por el *pagé*, se tornaba revelador y era utilizado en ceremonias especiales y peculiares.

Servíanse de mujeres aptas para producir en ellas la lucidez sonambúlica ó el éxtasis. Y en este estado predecían lo futuro.

Empleaban filtros, drogas, bebedizos; conocían las propiedades terapéuticas de los vegetales, y disponían de un á modo de ritual kabbalístico. Eran á la vez adivinos y profetas, médicos y videntes, y ejercían poderoso influjo sobre las tribus.

IX. Los aborígenes consultábanles sus enfermedades; consultábanles los sueños y el arte de confeccionar los amuletos y los talismanes, y les pedían filtros secretos que permitían á los vivos penetrar en la región de los muertos, mediante largos y misteriosos sueños lúcidos.

Los grandes actos de la vida eran determinados por los sueños. No se lanzaban á la guerra, ni á la caza, ni á viajes, ni mudaban de *tabá* sin que fuesen avisados por el sueño. Ciertas festividades se verificaban según sanción divina, dada en sueño. Los espíritus intermediarios entre *Monan* y el indígena transmitíanle la voluntad suprema cuya interpretación explicaba el *pagé*.

(Se continuará).

DARÍO VELLOZO.

(Coritiba. Brasil.)



EL GÉNESIS DEL TALMUD

(Continuación.)

Por tanto, hasta la existencia misma de los «Hombres de la Gran Asamblea» ha sido puesta en tela de juicio por la investigación moderna, y se ha conjeturado, con muchas probabilidades de acierto, que el germen histórico de la idea tradicional debe atribuirse á la asamblea general del pueblo, que era congregado para aceptar aquella Ley escrita por Ezra después de la vuelta (*Neh VIII-X*). «En el curso del tiempo, en lugar de una asamblea del pueblo para recibir la ley, se ideó un colegio de individuos transmisores de la ley, y esta noción parece que llena el vacío entre los últimos profetas y aquellos escribas hasta quie-

nes aún se extendía la memoria de los tiempos subsiguientes (1).

Y por obscuro que sea lo demás, es, por lo menos, claro que los rabinos de Palestina del período tanaita, ó primera época talmúdica, se ocuparon mucho en establecer una «ortodoxia» rígida para el Judaísmo, fortaleciéndola contra las múltiples «heregías» (2). La historia de la hermosa literatura pasada de la nación, que había producido no sólo los grandes monumentos de la escritura que aún ponemos en los documentos del Antiguo Testamento, sino mucho más, fué por completo olvidada. Y si los documentos, algunos de los cuales sabemos ahora fueron escritos en época no más lejana que el período Macabeo, pudieron ser atribuídos con seguridad á un David ó á un Daniel, estamos justificados en suponer que la autoridad dada por la Tradición Oral era, en su mayor parte, de una naturaleza igualmente nada histórica. Sin duda alguna, la herencia de los métodos empleados por el Tanäim podía ser atribuída, con grandísimas probabilidades, á la época lejana del más primitivo de los «Cinco Pares», aproximadamente en los principios del siglo segundo antes de nuestra Era; pero el hecho sorprendente de que la investigación más minuciosa sólo pudo descubrir los nombres de dos instructores en cada generación, parece indicar que, ó bien no se conocían otros, ó que muchos nombres y tendencias tuvieron que ser eliminados al buscar la paternidad de esa tendencia especial que el Tanäim erigió en el texto del Judaísmo ortodoxo. En cuanto á que la Ley Oral es contemporánea de Moisés, tenemos que colocar tal querida creencia en la misma categoría que la pretensión aún más sorprendente del Kabalismo posterior, de que su Tradición fué primeramente proporcionada por Dios mismo á Adán en el Paraíso.

Por otra parte, el hecho de la apelación ó la autoridad de un origen oral en lugar de escrito, es á primera vista extraño, cuando recordamos que existían miles de libros, algunos de ellos con pretensiones á la autoridad de un Enoch ó de un Adán. Así, el escritor del *IV Esdras*, el cual, según toda probabilidad, se compuso en tiempo de Domiciano (85-86 después de nuestra Era),

(1) *A. History of the Jewish People in the Time of Christ*, por E. Schrürer; traducción inglesa. Londres, 1893. Div. II, vol. I, pág. 355.

(2) Véase *Zur Genesis der Agada* (Gottingen, 1901), de N. J. Weinstein. «Die Minim», págs. 91-156, y «Kampf des Patriarchats gegen das Eindringen polytheistischer Ideen in die Gelehrten-Kreise des palästinischen Judenthums», págs. 157-252.

nos dice (XIV 18 ff.) «que Ezra ruega á Dios que le conceda su Espíritu Santo á fin de poder escribir de nuevo los libros..... que habian sido quemados (con el templo, según comprendemos). Dios le ordenó que tomase cinco compañeros, y en cuarenta días con sus noches les dictó noventa y cuatro libros, de los cuales setenta son escritos esotéricos, y los veinticuatro restantes son el canon del Antiguo Testamento (1). Es de observar, además, que los números difieren grandemente en varias formas del texto; así tenemos ochenta y cuatro en lugar de noventa y cuatro, y también 204, 904 y 974. Pero cualquiera que haya sido el número en el texto original, sabemos, por lo menos, que en fines del siglo primero, después de nuestra Era, existía una opinión muy diferente de aquélla en que tanto insisten los constructores del Talmud, á saber: que había una tradición escrita muy extensa, no sólo contemporánea del Torah, sino de la misma inspiración que éste, más aún, de naturaleza tan preciosa, que se guardaba aparte y se resguardaba de la circulación pública.

Los partidarios de esta opinión, quienes sabemos por las indicaciones de las muchas comunicaciones místicas de aquel tiempo, y también de siglos anteriores, que eran muy numerosos, parece, es verdad, que estaban tan ignorantes de la verdadera historia del desarrollo de los veinticuatro libros del Torah, como lo estaban los tanäim, y esto es extraño, porque, según toda probabilidad, hay que asignar á sus predecesores los elementos más espirituales del mismo Torah. Estos esotericistas y sus comunidades, eran los que estaban en íntimo contacto con aquella tendencia espiritualizadora siempre creciente que podemos ver en el Esenismo, Terapeutismo, Filonismo, Hametismo y Gnoticismo; y sus escritos influyeron tan poderosamente en el desarrollo del Cristianismo, como los veinticuatro libros del Torah.

Sin duda alguna todas estas escuelas y asociaciones tenían tradiciones tanto orales como escritas, pero su principal interés era la visión y la apocalíptica; se dedicaban al cultivo de la profecía y á la práctica de la contemplación, y toda su energía estaba concentrada en el estudio de esos misterios de la vida interna que les daban la certeza de las cosas del cielo, al paso que el interés principal de los tanäim era la separación de la vida na-

(1) Artículo de K. Budde «The Canon». § 17, *Encyclopedia Biblica*.

cional del contacto de toda influencia religiosa «extranjera», por medio de una insistencia cada vez más exigente sobre ese legalismo peculiar que los otros habían encontrado ó estaban encontrando más y más enfadoso, ó habían por completo desechado por una interpretación más liberal, apropiada á las necesidades de los que se habían reunido en torno de la cuna del infante Proteo, que estaba destinado á desarrollar eventualmente una nueva fe en el mundo.

Parece como un signo de debilidad que en medio de tanto como se escribió, el conservatismo tuviera que apoyarse por completo en una tradición oral como autoridad. Como quiera que sea, sin embargo, la falta de autoridad escrita para establecer el legalismo Misnáico como la ortodoxia de Israel, parece haber desarrollado gradualmente por necesidad una virtud, y encontramos expuesto repetidamente en el Talmud que la tradición no debe en modo alguno escribirse, sino tan sólo ser encargada á la memoria. A la verdad, en tiempos posteriores se pretendió que no solamente el Misna nunca fué escrito, ni aun siquiera cuando alcanzó su forma final el año 200 después de nuestra Era, sino también que todo el contenido voluminoso del Complemento del Talmud ó Gemara, nunca se escribió hasta el tiempo de los Saboräer (1) (500-650 de nuestra Era), los eruditos que seguían al Amoräer ó los que tejieron al Gemara en el Misna.

Pero á pesar de lo que sabemos de la prodigiosa memoria de los orientales (2), y á pesar de los fascinadores relatos que se referían de las maravillosas proezas de memoria de los talmudistas, al paso que pudiera inclinarnos á aceptar la tradición oral del texto del Misna, mucho menos extensa y relativamente menos compleja, la masa enorme y naturaleza por completo confusa y caótica del contenido del Gemara, hacen muy difícil creer que fuera transmitido únicamente por repetición verbal. A la verdad, parece mucho más probable que el Misna fuese todo escrito en el tiempo de su redacción final, en 200-207 de nuestra Era; pues cuando oímos que se completó en esta época, es difícil comprender cómo una forma autorizada de codificación de seme-

(1) Véase *Einleitung in den Talmud*, por H. L. Strack (Leipzig, 1900, tercera edición), pág. 55.

(2) Hasta los eruditos occidentales han declarado que la tradición oral de un texto vaidico, por ejemplo, es preferible á una copia escrita.

jante material heterogéneo pudo haberse hecho tan sólo por medio de la memoria; y si esto es verdad acerca del Misna, mucho más debe serlo para la materia más vasta del Gemara.

Respecto del contenido haláchico del Misna, puede suceder, por supuesto, que la tradición de los precedentes en que los letrados basaron sus decisiones, haya sido conservada secreta como propiedad hereditaria de una profesión especial; pero seguramente algunas notas previas habían existido, quizá también se habían hecho colecciones privadas de notas aun antes no sólo del tiempo de un Akiba, al principio del siglo segundo, sino hasta de un Gamaniel en los días de Pablo.

¿Pero debemos creer que un Joshua ben Perachia y un Nithai, un Judah ben Tabbaï y un Simón ben Shetach, un She-maiah y un Abtalion, un Hillel y un Shammai, un Gamaniel y un Akiba, no dejaron nada escrito? Seguramente lo hicieron. Y si esto es cierto respecto de la tradición del más autorizado Hala-choth, tanto más parece deber serlo con esa enorme masa de leyenda y homilia agádica, y el flotsam y jetsam de igual naturaleza de que está lleno el Talmud. A la verdad, una revisión científica de los pasajes del Talmud, relacionados con el asunto, revela el estado mental más confuso sobre la cuestión, hasta en los muchos constructores de este trabajo de parches. Al paso que de una parte vemos estrictamente prohibido escribir el Hala-choth, hemos tropezado con referencias aisladas de un Hala-choth más viejo escrito; y aunque el escribir el Haggadoth está también, al parecer, incluido en la prohibición general, nos encontramos con referencias muy precisas á libros hagada y hasta colecciones de tales libros (1).

En resumen: al paso que los rabinos medioevales de Francia sostienen que el Talmud nunca fué escrito hasta su complemento final en las postrimerías del siglo quinto, los rabinos españoles sostienen que el Misna fué escrito por Rabbi Jehuda (136-217) y el Gemara de Palestina por Rabbi Joehanan (199-279) (2), y el Gemara de Babilonia por Rab Aschi (395-427) y Rab Abina (Cabeza de la Escuela Sura, 473-499). Esta diferencia de pareceres

(1) Véase *Einblicke*, de Block, págs. VIII-IX, y *Einführung*, de Strack, § 2. «Das Verbot des Schreibens», págs. 49-55.

(2) Y esto frente al hecho de que muchas de las autoridades citadas en el Gemara de Palestina, vivieron después de R. Joehanan; algunos hasta un siglo después.

era probablemente debida al hecho de que los rabinos franceses tenían que depender por completo de su memoria, debido á la quema de sus manuscritos por la Inquisición, mientras que los rabinos españoles de época anterior estaban aún en posesión de su libertad literaria.

Pero cualquiera que haya sido el modo preciso del génesis, desenvolvimiento y transmisión del texto hasta que alcanzó su completo desarrollo en la forma en que hoy se halla ante nosotros, y por más difícil que sea entresacar datos históricos de confianza de la nebulosa y confusa indicación de sus asertos contradictorios, los tratados del Talmud permanecen como los terraplenes de una gran ciudad enterrada del pasado, desafiando la industria y el ingenio del animoso explorador á que haga nuevos esfuerzos, con la esperanza de poner al descubierto vestigios con los cuales puedan reconstruirse los bosquejos de algunos de los antiguos edificios.

Y para nadie encierra el Talmud mayor interés que para el estudiante de los orígenes del Cristianismo. No iremos tan lejos como decir con Reuchlin que el Talmud (y hasta el Misna) es un libro «escrito por los parientes más cercanos de Cristo», pero es innegable, como ya se ha indicado tan amenudo antes, que de todos los preceptos puramente éticos de los Evangelios pueden encontrarse sus paralelos en el Talmud en dichos atribuidos á los antiguos rabinos de Israel.

En el Talmud tenemos una gran corriente de tradición que, generación tras generación — y pudiera decirse que año tras año — corre paralelamente con el primitivo riachuelo que tan rápidamente se convierte en el río, y finalmente en el océano del Cristianismo. Sólo aquí podremos esperar encontrar informes de confianza respecto de cómo surgió la religión que luego se convirtió en la gran religión de Occidente; quién fué su fundador, cuál fué la materia y el método de la enseñanza, y quiénes fueron los primeros secuaces del Maestro.

Pero antes de discutir los pasajes que se dicen referentes á Jesús, debemos dar una ligera idea de la historia del Talmud escrito, y mostrar cómo sus pasajes fueron entresacados para formar el fundamento de la disputa y persecución más amargas.

G. B. S. MEAD.



DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

★ (CONTINUACIÓN)

Al entrar en el «refectorio», observamos inmediatamente cuáles eran las precauciones de los hindus para no ser manchados con nuestra presencia. El piso de piedra del recinto estaba dividido en dos partes iguales. La división consistía en una línea trazada con greda, con signos kabalísticos á cada extremo. Una parte estaba destinada á la familia y amigos de nuestro huésped, pertenecientes á la misma casta, y la otra á nosotros. En nuestra división había además un tercer cuadrado para hindus de casta distinta. El mueblaje de los espacios grandes, era exactamente igual. Junto á las dos paredes estaban extendidos estrechos tapices, cubiertos de almohadones y asientos bajos. Ante cada ocupante había un paralelogramo trazado también con greda sobre el suelo desnudo, y dividido, como un tablero de ajedrez, en pequeños cuadrados destinados á los platos y fuentes. Estos consistían en gruesas y fuertes hojas de la *butea frondosa*: las fuentes grandes estaban hechas de varias hojas unidas con espinas; los platos y salseras eran de una hoja, con los bordes vueltos hacia arriba. Todos los platos de la cena estaban ya colocados en sus respectivos cuadrados; contamos cuarenta y ocho platos, que contenían otros tantos trozos de distintos manjares. Las materias de que estaban compuestos, eran en su mayor parte *terra incognita* para nosotros, pero algunos de ellos tenían muy buen gusto. Todo ello era alimento vegetal. No se veía ni asomos de carne, aves, huevos ó pescados. Había *chutneys*, frutas y vegetales conservados en vinagre y en miel; *panchamrits*, mezcla de bayas-pampello, tamarindos, leche de coco, miel de caña y aceite de olivo, y *kushmer* hecho de rábanos, miel y harina; había también ardientes pickles y especias. Todo esto estaba coronado con una montaña de arroz exquisitamente condimentado, y otra montaña de *chapatis* que se asemejan algo á doradas tortas. Los platos estaban en cuatro hileras, cada una con doce platos, y entre las hileras ardían trozos de maderas aromáticas del tamaño de pequeños cirios de iglesia. Nuestra parte de la sala estaba muy alumbrada con velas verdes y encarnadas. Los candeleros en que estaban estas velas, tenían una forma muy rara. Representaban cada uno el tronco de un árbol con una cobra de siete cabezas enroscada alrededor. De cada una de las siete bocas salía una vela de cera verde ó encarnada, en forma de espiral, como

un sacacorchos. Las corrientes de aire que soplaban por entre las columnas, hacían oscilar las luces, llenando el espacioso refectorio de fantásticas sombras movientes, y haciendo estornudar con frecuencia á nuestros dos amigos tan ligeramente vestidos. Esta luz oscilante, dejando á los hindus en una relativa obscuridad, hacía aún más conspicuas las dos formas blancas, como si las convirtiese en una mascarda y se riese de ellas.

Los parientes y amigos de nuestro huésped entraron uno en pos de otro. Todos estaban desnudos hasta la cintura, todos descalzos, todos llevaban el triple cordón brahmánico y dhutis de seda blanca, y los cabellos sueltos. Cada shaib era seguido de su propio criado que llevaba su copa, su jarro de plata, y hasta de oro, y una toalla. Todos ellos, después de saludar al huésped, hicieron lo mismo con nosotros, juntando las palmas de las manos y tocándose la frente, el pecho, y luego el suelo. Todos nos dijeron: «Ram-Ram» y «Namaste» (yo te saludo), y luego se dirigieron á sus asientos respectivos con perfecto silencio. Sus cumplimientos me hicieron recordar que en la remota antigüedad era costumbre saludarse entre sí, pronunciando dos veces el nombre de algún antecesor.

Todos nos sentamos, los hindus tranquila y majestuosamente, como preparándose para una ceremonia mística, y nosotros cohibidos, temiendo cometer una torpeza imperdonable. Un coro de voces femeninas cantaba un himno monótono, celebrando la gloria de los dioses. Eran una media docena de muchachas nautch de una pagoda próxima. Con este acompañamiento principiamos á satisfacer nuestro apetito. Gracias á las instrucciones del Babú, tuvimos mucho cuidado de comer únicamente con la mano derecha. Esto era algo difícil, porque teníamos hambre y prisa, pero por completo necesario. Si hubiésemos tan sólo tocado el arroz con la mano izquierda, legiones enteras de Rakshasas (demonios) hubieran sido atraídos á tomar parte en nuestro festín en el mismo momento; lo cual, por supuesto, hubiera hecho salir á todos los hindus fuera de la habitación. No hay que decir que no había ni vestigios de tenedores, cuchillos ni cucharas. A fin de evitar el riesgo de violar la regla, puse la mano izquierda en el bolsillo y agarré mi pañuelo durante todo el tiempo que duró la comida.

El canto sólo duró unos minutos; en lo demás del tiempo reinó entre nosotros un silencio de muerte. Era lunes, un día de ayuno, y así la ausencia usual de ruido á la hora de las comidas, tenía que observarse más estrictamente que nunca. Generalmente, el que se ve obligado á romper el silencio por algún incidente imprevisto, se apresura á sumergir en el agua el dedo de en medio de su mano izquierda, que hasta entonces ha permanecido oculta tras de su espalda, y luego humedece con ella los párpados. Pero un hombre realmente piadoso no se contenta con esta simple fórmula de purificación, sino que después que ha hablado, abandona el comedor, se baña por completo, y luego se abstiene de todo alimento durante el resto del día.

Gracias á este silencio solemne, estuve en libertad de observar con atención todo lo que allí pasaba. De vez en cuando, siempre que mi vista se en-

contraba con la del Coronel ó la de Mr. I., sentía la mayor dificultad del mundo para conservar mi gravedad. Me atacaban impulsos de loca risa cuando los observaba sentados y tiesos con una solemnidad tan cómica, y manejando tan torpemente hombros y manos. La larga barba de uno estaba blanca de granos de arroz, como plateada de escarcha; la mejilla del otro, amarilla de azafrán líquido. Pero la curiosidad no satisfecha venía afortunadamente en mi ayuda, y seguía observando las extrañas maneras de los hindus.

Cada uno de ellos, después de sentarse sobre sus piernas cruzadas, vertía agua con la mano izquierda de la jarra traída por el criado, primeramente en su copa, y luego en la palma de la mano derecha. Después, lenta y cuidadosamente, rociaba alrededor de un plato que contenía toda clase de manjares, y estaba aparte destinado á los dioses. Durante este procedimiento, cada hindu recitaba un mantram védico. Luego, llenando la mano derecha de arroz, pronunciaba una nueva serie de coplas, y después de haber juntado á la derecha de su plato cinco puñados de arroz, se volvía á lavar las manos para contrarrestar el mal de ojo; después rociaba más agua, y derramando unas gotas en la palma de la mano derecha, la sorbía lentamente. En seguida de esto, comía seis puñados de arroz, uno tras otro, murmurando oraciones todo el tiempo, y humedecía sus ojos con el dedo de en medio de la mano izquierda. Hecho esto, ponía finalmente la mano izquierda detrás de la espalda, y principiaba á comer con la derecha. En todo lo dicho, solo emplearon unos pocos minutos, pero fué ejecutado con toda solemnidad.

Los hindus comían con el cuerpo inclinado sobre la comida, lanzándola á lo alto y atrapándola con la boca tan hábilmente, que ni un solo grano de arroz se perdía, ni una sola gota de los diversos líquidos se derramaba. Deseoso de demostrar toda consideración á su huésped, el Coronel trató de imitar todas estas maniobras. Consiguió inclinarse sobre la comida casi horizontalmente, pero ¡ay! no pudo permanecer mucho tiempo en tal postura. El natural peso de sus poderosos miembros pudo más que él, perdió el equilibrio, y por poco cae de bruces, mientras las gafas se le escaparon y se sumergieron en un plato de leche agria y ajos. Este fracaso hizo al bravo americano abandonar sus intentos de «hinduizarse», y permaneció quieto.

La cena se terminó con arroz mezclado con azúcar, guisantes espolvoreados, aceite de olivo, ajos y granos de granada, como de costumbre. Este último manjar se come precipitadamente. Cada cual mira nerviosamente de reojo á su vecino con un miedo mortal de ser el último en concluir, porque esto es considerado como muy mal presagio. Finalmente, todos toman un sorbo de agua, murmurando al mismo tiempo oraciones, y ésta deben tragarla de golpe. ¡Desgraciado del que se atragante! Esto sería clarísima señal de que un *bhuta* se ha posesionado de su garganta. El desgraciado tiene que volver por su vida y hacerse purificar ante el altar.

Los pobres hindus están muy atormentados por estos perversos bhutas, las almas de los que han muerto con deseos no satisfechos y pasiones terre-

nales. Los espíritus hindus, si he de creer los unánimes asertos de todos, pululan constantemente alrededor de los vivos, siempre dispuestos á satisfacer su apetito con la boca de otra gente, y á satisfacer sus deseos impuros con ayuda de órganos que ocupan temporalmente á los vivos. Se les teme y se les maldice en toda la India. No se escatima medio alguno para librarse de ellos. Las nociones y conclusiones de los hindus en este punto, contradicen categóricamente las aspiraciones y esperanzas de los espiritistas occidentales.

«Un espíritu bueno y puro creen ellos que no dejará que su alma vuelva á visitar la tierra, si esta alma es igualmente pura. Alégrase de la muerte y de unirse á Brahjá, viviendo una vida eterna en Svarga (cielo), gozando de la compañía de los hermosos Gandharvas ó ángeles cantores. Se regocija en soñar durante eternidades, escuchando sus cantos, al paso que su alma se purifica por una nueva encarnación en un cuerpo mucho más perfecto que el que abandonó anteriormente.

Los hindus creen que el espíritu ó Átmá, una partícula del GRAN TODO, que es Parabrahm, no puede ser castigado por culpas en que no tuvo participación. Manas, la inteligencia animal, y el alma animal ó Jiva, ambos semi ilusiones materiales, son los que pecan, sufren y transmigran de uno á otro cuerpo hasta que se purifican. El espíritu no hace más que cobijar sus transmigraciones terrestres. Cuando el Ego ha alcanzado el estado final de pureza, será uno con Átmá, y gradualmente se sumergirá, desaparecerá en Parabrahm. Pero esto no es lo que espera á las almas perversas. El alma que no consigue desprenderse de las cosas y deseos terrestres antes de la muerte del cuerpo, es arrastrada por sus pecados, y en lugar de reencarnarse en alguna nueva forma, con arreglo á las leyes de la metempsicosis, permanece sin cuerpo y condenada á vagar en la tierra. Se convierte en un bhuta, y por sus propios sufrimientos ocasiona sufrimientos indecibles á sus parientes. Esta es la razón por qué el hindu teme sobre todas las cosas el permanecer sin cuerpo después de la muerte.

«¡Es mejor entrar en el cuerpo de un tigre, de un perro y hasta en el de un halcón con patas amarillas después de la muerte, que convertirse en un bhuta!» — me dijo una vez un viejo hindu.—«Todo animal posee un cuerpo suyo propio, con derecho á usar de él honradamente; al paso que los bhutas son dakoits condenados, bandidos y ladrones, que siempre están acechando la ocasión de usar de lo que no es suyo. Este es un estado horrible, un horror indescriptible. Este es el verdadero infierno. ¿Qué espiritismo es ese de que tanto se habla en Occidente? ¿Es posible que los inteligentes ingleses y americanos estén tan locos?»

Y á pesar de todas nuestras afirmaciones, no quiso creer que hay realmente gente á quien gusta los bhutas, y que darían cualquier cosa para atraerlos á su casa.

Después de la cena, los hombres volvieron al pozo de la familia para lavarse y luego vestirse.

Generalmente, á esta hora de la noche, los hindus se ponen *malmalas* limpias, una especie de camisa estrecha, turbante blanco y sandalias de madera con nudos metidos entre los dedos de los pies. Este curioso calzado lo dejan á la puerta, mientras sus dueños vuelven á la sala y se sientan sobre tapices y almohadones colocados á lo largo de las paredes, para mascar betel, fumar hookahs y cheroots, oír lecturas sagradas y presenciar los bailes de las nautches. Pero aquella noche, probablemente en honor nuestro, todos los hindus se vistieron magníficamente. Algunos de ellos llevaban *darias* de riquísimo raso rayado, un sin fin de pendientes de oro, de collares montados con diamantes y esmeraldas, relojes y cadenas de oro, y transparentes bandas brahmánicas con bordados del mismo metal. Los gruesos dedos y la oreja derecha de nuestro huésped resplandecían materialmente de diamantes.

Las mujeres que nos sirvieron durante la comida, desaparecieron después por bastante tiempo. Cuando volvieron, estaban también lujosamente ataviadas, y nos fueron presentadas formalmente como las señoras de la casa. Eran cinco: la esposa del huésped, mujer de veinticinco á veintiséis años de edad; otras dos que parecían algo más jóvenes, una de las cuales llevaba un niño de pecho, y que con gran sorpresa nuestra nos fué presentada como la hija casada de nuestro huésped; luego la anciana madre de nuestro huésped y una niña de siete años, esposa de un hermano de aquél. De suerte que nuestra huéspeda era abuela, y su cuñada, que había de entrar finalmente en el matrimonio dentro de dos ó tres años más, podría también ser madre antes de cumplir los doce años. Todas estaban descalzas, con sortijas en todos los dedos de los pies, y todas, excepto la anciana, llevaban guirnaldas de flores naturales alrededor del cuello y en su negrísimo pelo. Sus estrechos corpiños llenos de bordados, eran tan cortos, que entre ellos y el sari había muy bien un cuarto de yarda de piel desnuda. Las oscuras cinturas, color de bronce, de estas bien formadas mujeres, se presentaban atrevidamente al examen, y reflejaban las luces de la habitación. Sus hermosos brazos y tobillos estaban cubiertos de brazaletes. Al menor de sus movimientos producían un ruido argentino como de cascabeles, y la cuñadita, que fácilmente podía ser tomada por una muñeca automática, apenas podía moverse bajo el peso de sus adornos. La joven abuela, nuestra huéspeda, tenía un anillo en su nariz izquierda, que le llegaba á la parte inferior de la barba. Su nariz estaba muy desfigurada por el peso del oro, y observamos cuán verdaderamente bella era, cuando se lo quitó para poder beber un té con alguna comodidad.

Principió el baile de las jóvenes nautchs. Dos de ellas eran muy lindas. Su baile consistía principalmente en movimientos más ó menos expresivos de los ojos, de la cabeza y hasta de las orejas; en una palabra, de toda la parte superior del cuerpo. En cuanto á sus piernas, ó no se movían nada, ó se movían con tal ligereza, que aparecían envueltas en niebla.

Después de este día accidentado dormí el sueño de los justos.

Cuando se ha dormido muchas noches en una tienda de campaña, es

cosa muy agradable hacerlo en una verdadera cama, aunque ésta sea colgante. El placer se hubiera, sin duda, aumentado considerablemente, si hubiese sabido que dormía en el lecho de un dios. Pero esta última circunstancia sólo me fué revelada á la mañana siguiente: pues al bajar la escalera, descubrí repentinamente al pobre *general en chef*, Hanuman, privado de su cuna y arrinconado sin ceremonia bajo la escalera. ¡Decididamente, los hindus del siglo XIX son una raza degenerada y blasfema!

En el curso de la mañana supimos que este balanceante trono suyo y un antiguo sofá, eran los únicos muebles de la casa que podían ser convertidos en camas.

Ninguno de nuestros dos caballeros había pasado buena noche. Durmieron en una torre vacía que fué una vez el altar de una arruinada pagoda, y que estaba situada detrás del edificio principal. Al asignarles este extraño lugar de reposo, nuestro huésped fué guiado por la buena intención de protegerlos contra los chacales, que libremente penetraban en todas las habitaciones del piso bajo, por cuanto están atravesadas de numerosos arcos y carecían de puertas. Los chacales, sin embargo, no molestaron mucho á nuestros caballeros aquella noche, exceptuado que les dieron un concierto nocturno. Pero tanto Mr. I. como el Coronel, tuvieron que luchar toda la noche con un *vampiro*, que además de ser una zorra voladora de tamaño anormal, era también un espíritu, como supimos demasiado tarde para desgracia nuestra.

He aquí cómo sucedió. Volando sin ruido dentro de la torre, el vampiro se posaba de vez en cuando sobre los durmientes, haciéndoles estremecer con el repugnante contacto de sus alas frías y viscosas. Su intención era claramente conseguir una buena chupada de sangre europea. Fueron despertados por tales manejos lo menos diez veces, y á cada vez lo espantaban. Pero tan pronto como empezaban de nuevo á dormirse, el maldito murciélago era seguro que volvía á posarse en sus hombros, cabeza ó piernas. Por fin Mr. I., perdiendo la paciencia, acudió á un gran recurso: lo cogió y le torció el pescuezo.

Considerándose perfectamente inocentes los caballeros, contaron el trágico fin del inoportuno murciélago á su huésped, é instantáneamente atrajeron sobre sus cabezas todas las tempestades del cielo.

El patio estaba lleno de gente. Todos los habitantes se hallaban delante de la entrada de la torre, tristes, y con la cabeza baja. La anciana madre de nuestro huésped se arrancaba los cabellos de desesperación, y lanzaba agudos gritos en todas las lenguas de la India. ¿Qué es lo que les pasaba á todos? No podíamos suponerlo; pero cuando supimos la causa de todo ello, nuestra confusión no tuvo límites.

Por ciertos signos misteriosos, conocidos únicamente de la familia brahman, hacía diez años que se había decidido que el alma del hermano mayor de nuestro huésped había encarnado en este murciélago vampiro, sediento de sangre. Este hecho nos fué revelado como fuera de toda duda. Desde

hacia nueve años, el difunto Patarah Prabhu existía bajo esta nueva forma, cumpliendo las leyes de la metempsicosis. Pasaba las horas desde el amanecer á la puesta del sol, en un viejo árbol delante de la torre, colgado con la cabeza hacia abajo. Pero por la noche visitaba la vieja torre dando fiera caza á los insectos que buscaban refugio en aquel apartado rincón. Y así transcurrieron nueve años en esta dichosa existencia, dividida entre dormir y comer, y la redención gradual de antiguos pecados cometidos bajo la forma de un Patarah Prabhu. ¿Y ahora? Ahora su abandonado cuerpo yacía en el polvo á la entrada de su torre favorita, con sus alas medio devoradas por las ratas. La pobre vieja, su madre, estaba loca de pena, y lanzaba, á través de sus lágrimas, miradas de reproche á Mr. I., quien en su nuevo carácter de asesino despiadado, aparecía con una tranquilidad repugnante.

Pero el asunto empezaba á volverse serio. El lado cómico del mismo desaparecía ante la sinceridad é intensidad de sus lamentaciones. Sus descendientes, agrupados á su alrededor, eran demasiado bien educados para reprocharnos abiertamente; pero la expresión de sus caras no tenía nada de tranquilizadora. El sacerdote y astrólogo de la familia se hallaba al lado de la anciana señora, Shastras en mano, pronto á principiar la ceremonia de purificación. Cubrió solemnemente el cadáver con un pedazo de lienzo nuevo, ocultando así á nuestra vista los tristes despojos, casi literalmente cubiertos de hormigas.

Mr. I. hacía lo posible por permanecer indiferente, pero Miss X., con su falta de tacto, se acercó á él expresándole en alta voz su indignación por estas supersticiones de una raza inferior; él, al menos, parecía acordarse de que nuestro huésped sabía el inglés perfectamente, y no la animaba con mayores muestras de simpatía. No le contestó, pero se sonrió desdenosamente. Nuestro huésped se aproximó al Coronel con respetuosos saludos, y nos invitó á seguirle.

«Sin duda alguna nos va á pedir que dejemos la casa en seguida — fué mi penosa impresión.»

Pero mi aprensión no era justificada. En esta época de mi peregrinación india estaba yo lejos de haber profundizado el abismo metafísico de un corazón hindu.

Sham Rao principió por pronunciar un prefacio elocuente por todo lo alto. Nos hizo presente que él, personalmente, era un hombre ilustrado, un hombre que poseía todas las ventajas de una educación occidental. Dijo que debido á esto, no estaba muy seguro de que el cuerpo del vampiro estuviese habitado realmente por su difunto hermano. Darwin, por supuesto, y algunos otros grandes naturalistas de Occidente, parecían creer en la transmigración de las almas, pero por lo que él podía apreciar, creían en ello en un sentido inverso; esto es, si su madre hubiese tenido un niño exactamente en el momento de la muerte del vampiro, este niño hubiera tenido indubitabilmente gran parecido con aquel animal, por hallarse tan cerca de ella sus decadentes átomos.

—¿No esta la interpretación exacta de la escuela de Darwin? — nos preguntó.

Contestamos modestamente, que viajando como habíamos estado casi sin cesar durante el último año, no podíamos menos de estar algo atrasados sobre las cuestiones de la ciencia moderna, pues no habíamos seguido sus últimas conclusiones.

—¡Pero yo las he seguidol — replicó el bueno de Sham Rao con cierta pomposidad. — Y así espero que se me permita decir que he comprendido y apreciado debidamente sus más recientes desenvolvimientos. Acabo precisamente de estudiar la magnífica *Antropogénesis* de Hæckel, y he discutido cuidadosamente conmigo mismo sus lógicas y científicas explicaciones del origen del hombre de formas inferiores animales, por medio de la transformación. ¿Y qué es esta transformación, decid, sino la transmigración de los hindus antiguos y modernos, y la metempsícosis de los griegos?

No tuvimos nada que decir respecto de la identidad, y hasta nos aventuramos á observar que, con arreglo á Hæckel, se le parece *efectivamente*.

—¡Exactol — exclamó con alegría. — Esto demuestra que nuestras concepciones no son necias ni supersticiosas, como sostienen algunos contrarios á Manu. El gran Manu se anticipó á Darwin y á Hæckel. Juzgad por vosotros mismos; el último deriva la génesis del hombre de un grupo de plasmas, desde la monera de apariencia gelatinosa; esta monera pasa á través de las amibas, de las ascidias, de los amphioxus sin cerebro ni corazón, y al octavo cambio transmigra á la lamprea, se transforma últimamente en un amnioto vertebrado, en un premamífero, en un animal marsupial... El vampiro, á su vez, pertenece á la especie de los vertebrados. Vosotros que sois gente instruida, no podéis contradecir tal aserto.

No se equivocó en su suposición; no le contradijimos.

—En este caso, hacedme el honor de seguir mi argumentación. . .

Seguimos efectivamente su argumento con la mayor atención, pero sin poder presumir á dónde nos quería llevar.

—Darwin—continuó Sham Rao—, en su *Origen de las Especies*, vuelve á restablecer palabra por palabra las enseñanzas palingenéticas de nuestro Manu. De esto estoy perfectamente convencido, y si queréis, os lo probaré libro en mano. Nuestro antiguo dador de leyes, entre otros dichos, expresa lo siguiente: 'El gran Parabrahm ordenó al hombre aparecer en el universo después de pasar por todos los grados del reino animal, y de surgir primariamente del seno del lodo de la mar profunda. El gusano se convirtió en serpiente, la serpiente en pez, el pez en mamífero y así sucesivamente.' ¿No está esta misma idea en el fondo de la teoría de Darwin, cuando sostiene que las formas orgánicas han tenido su origen en especies más simples, y cuando dice que el protoplasma informe nacido en el lodo en los períodos laurenciano y siluriano—el 'lodo de los mares' de Manu, me atrevo á decir—se transformó gradualmente en el mono antropoide, y por último, en el ser humano?

Contestamos que así lo parecía.

—Pero á pesar de todo mi respeto por Darwin y su eminente partidario Hækel, no puedo estar de acuerdo con sus conclusiones finales, especialmente con las conclusiones del último — continuó Sham Rao. — Este excitable y bilioso alemán es perfectamente exacto al copiar la embriología de Manu y todas las metamorfosis de nuestros antecesores, pero olvida la evolución del alma humana, la cual, según declara Manu, va mano á mano con la evolución de la materia. El hijo de Swayambhuva, el Llegado por Sí Mismo, habla como sigue: ‘Todo lo creado en un nuevo ciclo, añadido á las cualidades de sus transmigraciones precedentes, adquiere nuevas cualidades, y mientras más se aproxime al hombre, el tipo más elevado de la tierra, tanto más brillante se hace su chispa divina; pero una vez que se ha convertido en un Brahma, entrará en el ciclo de las transmigraciones conscientes’. ¿Comprendéis lo que esto significa? Significa que desde ese momento, sus transformaciones ya no dependen de las ciegas leyes de la evolución gradual, sino hasta en la menor de las acciones humanas, que traen consigo premio ó castigo. Ahora veis que depende de la voluntad del hombre el tomar la senda que conduce á Moksha, la dicha eterna, pasando de un loka á otro, hasta llegar á Brahmaloka, ó bien por el contrario, retroceder á causa de sus pecados. Vosotros sabéis que el alma humana, de desarrollo medio, una vez libre de las encarnaciones terrestres, tiene que ascender de un loka á otro siempre en forma humana, aunque su forma crecerá y se perfeccionará con cada loka. Algunas de nuestras sectas entendieron que estos lokas significaban ciertas estrellas: Estos espíritus, libres de la materia terrestre, son los que llamamos Pitris y Devas, á quienes rendimos culto. Y vuestros kabalistas de la Edad Media no designaban á estos Pitris bajo la expresión de *Espíritus Planetarios*? Pero en el caso de un hombre muy pecador, tendrá que principiar de nuevo en las formas animales por las que ya había pasado inconscientemente. Ni Darwin ni Hæckel tuvieron en cuenta, por decirlo así, este segundo tomo de su incompleta teoría; pero, sin embargo, ninguno de ellos expone argumento alguno, probando que es falso. ¿No es esto?

—Ninguno de ellos hace semejante cosa, ciertamente.

—¿Por qué, pues, en este caso—exclamó cambiando repentinamente su tono de conversación por otro agresivo—, por qué, habiendo estudiado yo las ideas más modernas de la ciencia occidental, creyendo yo en sus representantes, por qué os habéis de figurar, como Miss X., que pertenezco á la tribu de los hindus ignorantes y supersticiosos? ¿Por qué piensa ella que nuestras teorías perfectamente científicas son supersticiones, y nosotros mismos una raza inferior degenerada?

Sham Rao se hallaba ante nosotros con lágrimas en los ojos. No sabíamos qué contestarle, encontrándonos en extremo confusos por esta explosión.

—Mirad; yo no proclamo que nuestras creencias populares sean dogmas

infalibles. Las considero como meras teorías, y trato todo lo que puedo de reconciliar la ciencia antigua y la moderna. Yo formulo hipótesis como Darwin y Hæckel. Además, si he comprendido bien, Miss X. es una espiritista; de suerte que cree en los bhutas. Y creyendo que un bhuta es capaz de entrar en el cuerpo de un medium, ¿cómo puede negar que un bhuta, y más aún un alma menos pecadora, pueda entrar en el cuerpo de un murciélago-vampiro?

Confieso que esta lógica era demasiado cerrada para nosotros; por lo que, evitando una contestación directa á una cuestión metafísica de semejante delicadeza, tratamos de presentar nuestras excusas y de disculpar la grosería de Miss X. lo mejor que pudimos.

—No era su intención ofenderos—le dijimos.—Ella no hizo otra cosa que repetir una calumnia que es familiar entre los europeos. Además, si ella hubiese reflexionado sobre el asunto, seguramente no se hubiera expresado de ese modo. . .

Poco á poco conseguimos tranquilizar á nuestro huésped. Recobró su habitual buen humor, pero no pudo resistir la tentación de añadir algunas palabras á su larga argumentación. Había precisamente principiado á revelarnos ciertas particularidades del carácter de su difunto hermano, que á él hacían estar predispuesto, á juzgar por las leyendas del atavismo, á ver su repetición en las propensiones de un murciélago vampiro, cuando Mr. I. entró repentinamente donde estábamos y echó á perder todos los resultados de nuestras palabras conciliadoras, gritando cuanto podía. . . —¡La vieja se ha vuelto loca! Sigue maldiciéndonos, y dice que el asesinato del miserable murciélago es tan sólo la primera de una serie de desgracias acarreadas á su casa por vos, Sham Rao — dijo dirigiéndose al confundido partidario de Hæckel. — Dice que habéis manchado vuestra santidad brahmánica invitiéndonos. . . Coronel, haríais bien en mandar por los elefantes. Dentro de un momento toda esta multitud caerá sobre nosotros. . .

—Por Dios, señores—exclamó el pobre Sham Rao—tened alguna consideración con mis sentimientos. Es una anciana, tiene algunas supersticiones, pero es mi madre. Vosotros sois personas educadas, instruidas. . . Aconsejadme, decidme cómo puedo salir de todas estas dificultades. ¿Qué haríais en mi lugar?

—¿Lo que yo haría, señor mío?—exclamó Mr. I., ya fuera de sí por el completo ridículo de nuestra embarazosa situación. — ¿Lo que yo haría? Si fuera un hombre de vuestra posición y un creyente en todo lo que habéis aprendido, cogería mi revólver, y en primer término acabaría á tiros con todos los murciélagos vampiros de los alrededores, aunque no fuera sino para librar á todos vuestros difuntos parientes de los cuerpos abyectos de tales bichos; y en segundo lugar, trataría de aplastar la cabeza del presuntuoso falsario, que, bajo la forma de un brahman, inventó toda esta estúpida farsa. ¡Eso es lo que yo haría, señor mío!

Pero este consejo no era de la conveniencia del desgraciado descendien-

te de Rama. Probablemente hubiera permanecido largo tiempo indeciso sobre lo que debía resolver, desgarrado como se encontraba, entre los sagrados sentimientos de la hospitalidad, los temores innatos hacia el sacerdote bráhma, y sus propias supersticiones, si nuestro ingenioso Babu no hubiera venido en nuestro auxilio. Habiendo sabido que todos nos sentíamos más ó menos indignados de todo este tumulto, y que nos preparábamos á dejar la casa lo más pronto posible, nos persuadió que nos quedáramos, aunque no fuera sino por una hora, diciendo que nuestra precipitada marcha sería un terrible ultraje para nuestro huésped, á quien, en todo caso, no podíamos culpar. En cuanto á la estúpida vieja, el Babu nos prometió pacificarla prontamente: tenía su plan para ello. Mientras tanto—dijo—haríamos bien en ir á examinar unas ruínas de una antigua fortaleza cerca de aquí.

Obedecimos de mala gana, pero sintiendo grandísimo interés por sus «planes». Marchamos lentamente. Nuestros caballeros estaban visiblemente de mal humor. Miss X. trató de calmarse hablando más que de ordinario, y Narayan, tan flemático como siempre, indolente y bondadosamente le daba bromas acerca de sus queridos «espíritus». Miramos atrás y vimos al Babu acompañado del sacerdote de la familia. A juzgar por sus gestos, discutían con calor. La afeitada cabeza del brahma se movía de derecha á izquierda, su ropaje amarillo flotaba con el viento, y sus manos se levantaban hacia el cielo, como llamando á los dioses que descendieran á atestiguar la verdad de sus palabras.

—Apuesto mil dollars á que ningún plan del Babu servirá de nada con semejante fanático — observó convencidamente el Coronel, encendiendo su pipa.

Pero habíamos escasamente andado unos cien pasos después de esta observación, cuando vimos al Babu corriendo detrás de nosotros y haciéndonos señas de que nos detuviéramos.

—¡Todo ha terminado de la mejor manera!—nos gritó, así que pudimos oírle.—Os deben estar muy agradecidos. . . Parece que sois los verdaderos salvadores y protectores del difunto bhuta. . . vosotros. . .

Nuestro Babu se dejó caer en el suelo, agarrándose su estrecho pecho jadeante con ambas manos, y reía y reía hasta que nosotros también rompimos á reír antes de saber lo que había pasado.

—¿Qué os parece?—empezó á decir el Babu, y se detuvo de pronto, porque su gran hilaridad no le dejaba continuar.—¿Qué os parece? Todo el arreglo me cuesta sólo diez rupias. . . le ofrecí cinco al principio. . . pero no quería. . . Decía que se trataba de un asunto sagrado. . . ¡Pero diez no pudo resistir! Ja, ja, ja. . .

Por fin supimos la historia. Toda la metempsícosis depende de la imaginación de los *Gurus* de la familia, que reciben por sus buenos oficios de ciento á ciento cincuenta rupias al año. Cada rito es acompañado por una adición más ó menos considerable al bolsillo de la insaciable familia sacerdotal brahma, pero los acontecimientos dichosos se pagan más que los

tristes. Sabiendo todo esto el Babu, pidió al brahman, sin más rodeos, que ejecutase un *samadhi* falso, esto es, que fingiese una inspiración, y anunciase á la atribulada madre que la voluntad consciente de su difunto hijo era lo que había causado todo lo sucedido; que él era quien había ocasionado su fin en el cuerpo del murciélago; que estaba cansado de aquel estado de transmigración; que estaba deseando la muerte para obtener un estado superior en el reino animal; que es feliz, y que le está profundamente agradecido al sahib que le retorció el cuello, libertándole así de cuerpo abyecto.

Por otra parte, el ojo observador de nuestro Babu zahori no había dejado de notar que una vaca del Guru estaba esperando un ternero que el Guru deseaba ardientemente vender á Sham Rao. Esta circunstancia era un triunfo de baraja en manos del Babu. Que el Guru anunciase, bajo la influencia de *samadhi*, que el libertado espíritu proyectaba habitar el cuerpo del futuro niño-búfalo, y la vieja señora compraría la nueva encarnación de su primogénito tan seguro como que era de día. Este anuncio sería seguido por fiestas y nuevos ritos. ¿Y quién saldría ganando con todo esto sino el sacerdote de la familia?

Al principio el Guru tenía sus recelos, y juraba por todo lo sagrado que el murciélago vampiro estaba realmente habitado por el hermano de Sham Rao. Pero el Babu sabía donde le apretaba el zapato. El Guru terminó por apercibirse de que su hábil contrario vela á través de sus triquiñuelas, y que sabía muy bien que los Shastras excluían la posibilidad de semejante transmigración. Alarmado el Guru empezó á ceder, y terminó pidiendo diez rupias y la promesa del secreto respecto de la ejecución del *samadhi*.

A nuestra vuelta nos salió al encuentro Sham Rao, que aparecía radiante de alegría. Bien porque temiese que nos riésemos de él, ó que no supiese cómo explicarse esta nueva metamorfosis por medio de las ciencias positivas en general, y Hæckel en particular, no intentó explicar cómo había tomado el asunto tan repentino buen sesgo. Sólo nos dijo, con bastante embarazo, que su madre, debido á ciertas nuevas misteriosas conjeturas suyas, había desechado todas sus aprensiones respecto del destino de su hijo mayor; y luego pasó á hablar de otra cosa.

(Se continuará.)

